

El Bicentenario de Simón Bolívar

EL LIBERTADOR Y LA HISTORIA

Por PAUL ALEXANDRU GEORGESCU

Los dos siglos transcurridos desde el nacimiento de Simón Bolívar no han ensombrecido de ningún modo la brillantez de su imagen, sino al contrario la han hecho más significativa, le han aumentado la ejemplaridad. Bolívar ha crecido con la historia y hoy día, en la galería de los personajes de alto rango en la memoria y el corazón de los hombres, su figura se sitúa en lugar señero en la línea suprema del devenir humano, eso es en la que auna la lucha heroica por la libertad de los pueblos y la reivindicación imprescindible de la dignidad del hombre.

Actualmente, la historia hace resaltar claramente *todos* los componentes y virtudes que integran la personalidad del Libertador. Nosotros sabemos mejor que sus contemporáneos quién ha sido o, más exactamente, quién *es* Simón Bolívar. Es el prodigioso capitán, dirigente de ejércitos y vencedor en una guerra de veinte años, llevada dentro de un espacio y con campañas cuyos trayectos superan los de Alejandro Magno, César y Napoleón todos juntos. A ello se añade el hecho de que estos genios militares se han valido de los mejores ejércitos de sus épocas —macedonios, romanos, franceses— ya hechos, existentes, organizados, mientras que antes de Bolívar no existía nada semejante: él ha tenido que forjar enteramente el instrumento de poder, las masas combatientes de soldados necesarias a la guerra de liberación. Es igualmente el Libertador que pone término a la dominación colonial española y funda cinco repúblicas —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia—, las cuales lo honran como “el Padre de la Patria”. Es, a la vez, el estadista ilustrado e incansable que elabora constituciones y manifiestos, decreta la abolición de la esclavitud, legifera, organiza, administra. Es, en fin, un hombre de cultura y me atrevería a decir un creador artístico poseedor del don de sentir la vida, la hermosura y el dramatismo de la misma, así como el de expresarla de modo ardiente, generoso, convencedor.

A la primera vista, en la vida y obra de Simón Bolívar parece dominar las relaciones conflictivas, inherentes a una guerra larga e implacable, caracterizada por las victorias de Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, pero también por terribles fructuaciones: la República de Venezuela desaparece, dos veces invadida por los realistas y vuelve otras tantas a surgir. Caracas es perdida y conquistada tres veces. Bolívar está de continuo ante la necesidad de combatir no sólo a los opresores extranjeros, pues afuera, para decirlo así, pero también adentro, a los ele-

mentos anárquicos o separatistas como son, pese a otros méritos, Santander y Páez, para no hablar de los que tratan de asesinarlo. No faltan, de la epopeya bolivariana de liberación, los momentos difíciles y los episodios amargos —la confrontación con Boves, el exilio, las intrigas y las rivalidades personales—, pero precisamente por ello las victorias de Bolívar, que eran de toda la América Latina, entrañan un carácter especial que es el siguiente: a pesar de estar preso en relaciones conflictivas tan complejas y enmarañadas, el Libertador no ha sido nunca vencido. Nos proporciona la explicación un autor rumano en una bella y sutil fórmula: “Bolívar integra ejemplarmente a los hombres que, al perder todo, dicen: ‘Estoy en vías de vencer’ ” (Mircea Malita, *El muro y la hiedra*, p. 460). Lo que significa e impone conceder a Bolívar el segundo título *El Superador*. De veras, tiene la fuerza de superar no sólo las circunstancias personales mentadas, sino también los componentes de la historia a su hora: la Revolución Francesa y el Imperio de Napoleón. De la primera toma e incorpora en su pensamiento y su acción la generosidad de las ideas (conoce, debido a sus maestros Andrés Bello y Simón Rodríguez, las obras de Voltaire, Rousseau, Diderot), la pasión de la libertad, el pathos popular. Con Napoleón, en quien condena la voluntad de poder personal y el orgullo, tiene de común el genio militar, la visión grandiosa y la acción fulgurante.

Llegamos así a la más alta idea por la cual luchó Bolívar, merecedora más que cualquier otra, de encendidos elogios: la integración del continente latinoamericano, la solidaridad y la unidad de todos los países desde Río Grande del Norte hasta Tierra de Fuego. Bolívar es el primero y más insigne portador de este ideal. Como soldado ha creado la Gran Colombia, que reunía a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, liberadas y dirigidas por él. Como estadista, pensador y visionario, ha concebido y fundamentado la idea de una confederación de los Estados latinoamericanos, con miras a formar una “nación de repúblicas” que, según el poeta José Joaquín Olmedo, podía equilibrar el molde del planeta.

Los historiadores hispanoamericanos destacan justamente la conveniencia de “humanizar a los próceres” de la Independencia, de encomiarlos a escala humana y dentro del contexto concreto, histórico, de América Latina. En cuanto a Bolívar, él mismo asumió este quehacer, con antelación. Escuchemos su respuesta al general Páez que le había enviado un proyecto monárquico: “Yo no soy Napoleón, ni deseo serlo. Tampoco y tanto menos a Iturbide quiero imitar. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cualquier otro inventado por el orgullo humano”. Y helo aquí, recomendando la unión de Nueva Granada con Venezuela: “Dadles, por favor, un gobierno fundamentalmente popular, fundamentalmente justo, fundamentalmente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la violencia. Un gobierno que haga triunfar, bajo los auspicios de leyes inexorables, la igualdad y la libertad”.